

que al fin se le hace repetitiva y monótona pese a un primario ingenio con que se presentan las situaciones: cada cuento se desarrolla del mismo modo que el anterior y acaba con el mismo final, es decir el golpe inesperado del azar, que hace más inútiles y ridículos los ya inútiles y ridículos afanes de sus criaturas. Hay por lo menos dos cuentos bastante logrados en el conjunto: "Pivotski", por mostrar la desgracia solitaria y patética de un inmigrante de pocas luces en la atmósfera ciudadana; "La mesita", por recrear la vida entera de un empleado cuyo sueño y ambición servil era merecer un cambio de escritorio, una "atención" de la firma. Los otros cuentos en su mayoría no salvan los peligros inherentes a la mera vuelta de tierra final, al humor negro o al chiste de dudoso efecto a costa, por ejemplo, del amot por los animales.

JORGE RUFFINELLI

tener sí, aparentar no

• Julio Mañud: **LOS ARGENTINOS Y EL STATUS**. Buenos Aires, Americanalee, 280 pp.

AUNQUE la palabra sea relativamente nueva, el "status" social es una realidad tan vieja como la humanidad. Es indudable sin embargo que nunca se le mencionó tanto, con un énfasis —digamos desde ya— que no parece siempre de entera buena fe. Se sabe bien en efecto que la intensificación actual de las relaciones humanas vuelve más conscientes y más determinantes los símbolos externos de la posición social: el prestigio y respetabilidad casi siempre exhibicionistas de quienes, más que al goce de sus privilegios, aspiran a la satisfacción psicológica de ver reconocida su importancia. Es notorio que ese afán de subir de rango hace que ya no se trate de ser como de parecer. La alienación, y la deshumanización correspondiente a ese modo de vivir, lo van convirtiendo cada vez más, en realidad, a un modo más de no vivir. Todo eso es cierto y evidente, y no está mal que el autor se anime a describirlo, atento sobre todo a la realidad argentina. Recorre para ello zonas y temas ya profusamente transitados, desde las nociones de status y de clase, de niveles de vida y modos de consumo y transculturación, hasta sus relaciones con la realidad familiar, el trabajo, la publicidad y la distorsión de las necesidades, deteniéndose para ello en las normas y pautas psicológicas que rigen individual y socialmente, así como en lo que denomina psicoanálisis y sociología del confort. Recoge de ese modo en diecinueve capítulos, forzosamente escuetos, planteos y conclusiones de los no escasos autores cuyos nombres menciona en las útiles bibliografías respectivas. Su atención a la realidad argentina no recurre —como en Packard, valga el precedente sin duda más divulgado— a referencias concretas y anecdóticas que vivifiquen lo expuesto. Adolece la obra, por tal motivo, de cierta monotonía y obviedad. Y no aparece tan bien caracterizada, en lo que tiene de específica, la circunstancia local, a la que se limita a señalar y caracterizar con brocha gorda, en una simplificación que en muchos casos deja de lado aspectos importantes, y que recurre además a una terminología bastante imprecisa.

Todo estaría bien, sin embargo, si no le diera al autor por describir algunas de sus apreciaciones principales. Llega a sostener, en efecto, que la sociedad, más que en clases, se divide en status. Cualquiera admite que el status es lo que se advierte con más evidencia, desde que nace precisamente de querer evidenciarse. Pero ya es mucho menos válida su afirmación, aunque se ampare en una frase ocasional de Gurvitch, de que los conflictos de evaluación y de creencias son más importantes que los conflictos de intereses. Se pretende erigir de ese modo el afán de aparentar en factor social eminente, sin querer ver en tal empeño, retrocediendo a sus raíces, lo que en realidad es: un producto, y bastante directo, de la situación económica y de las clases que ella determina. Es táctica vieja la de endosarle a la incorregible naturaleza humana lo que proviene de una situación social determinada y corregible. Un buen status es actualmente una buena opción. Es cierto. Y es que a avidez por el poder que da la riqueza, vuelve más apetecible la riqueza que da el poder. Pero, ¿quién y qué uscita esa avidez a dos puntas?, ¿quién vuelve lo humano peor en ese aspecto lo que ya naturalmente es? En lo dicho en varios lugares por el propio autor se corroboraba en efecto el punto de vista —esta, según el cual el status es — una excreción psicológica secundaria, promovida por las incita-

ciones que crea el capital, por el despliegue de propaganda de quienes prodigan sus más enojados esfuerzos en canalizar el consumo para su mejor provecho. Es de esa compulsión económica originaria de donde nacen subsidiariamente casi todos los pruritos de figuración social. Pero si bien Mañud no da muestras de ignorarlo, tampoco las da de saberlo, cuando sus propios desarrollos lo exigen. No se necesita así ser muy suspicaz para atribuirlo a mala fe. Y más cuando pregunta con mal habida candidez si acaso se es más feliz teniendo más bienes de consumo, sin especificar si se trata de pan o de un Rolls Royce, con una generalidad que corta por lo enfermo. Su moraleja, no dicha pero implícita, no puede así ser otra: a quien no tiene, le conviene conformarse; a quien tiene, ser prudente, y no tratar de aparentar; es la mejor receta para que todo siga como está. En tal moraleja se compaginan con toda lógica la frase preliminar de Martínez Estrada, y la que usa Mañud para cerrar el capítulo sobre "El factor económico". Dice E. M. Estrada: "Si en algún país se obtuviera la liberación económica del hombre sin la liberación intelectual y ética, la especie entera permanecería sometida, esclavizada y quizá satisfecha, como en todo elevage"; un tiro desviado del gran pensador argentino, cuando, habiendo entrado solo al área chica, era más difícil errarlo que convertirlo. Y la otra frase, la del autor, clave para saber qué es para él la "realidad", dice así: "En realidad, el problema argentino no es de alimentación o de adquisición de bienes, sino de integración social". El problema último de las sociedades de status, no son los bienes, sino la "función" que se les da en la vida social y personal de sus habitantes."

WASHINGTON LOCKHART

aséptica y reaccionaria

• Erich Segal: **LOVE STORY. HISTORIA DE AMOR**. Buenos Aires, Emecé, 1970, 191 pp. Distribuye Indiana.

MUCHACHO norteamericano de la clase alta conoce a chica norteamericana pobre y para más, hija de inmigrantes. Se enamoran, se ven enfrentados a los prejuicios familiares, rompen con la casta del muchacho, viven sacrificándose durante tres años mientras él se gradúa en la universidad, pero ella enferma de leucemia, muere, y él se reconcilia con su padre y su orden familiar. *Love story*, es, como no, una novela rosa. Explora la visión más melodramática de un tema y contiene los clichés más trillados en este tipo de historia cuyo patrón es sin duda *La Centésima*.

El error (o la habilidad, según se mire) de Segal, responsable también de *El submarino amarillo*, consiste en transformar la realidad de sus personajes y su contexto social a los módulos de una exclusiva historia de amor, intemporal y mítica; para ello basta diseñar dos personajes creíbles —él, algo estólido, rebelde a su familia, ella avispada pero humilde frente al status y consciente de su "lugar" social— e invertir los datos de la realidad más conocida de la vida norteamericana. En efecto, sólo muy al margen, casi accidentalmente, aparece una única referencia a Vietnam (un amigo regresa "a la vida civilizada" —obsérvese— y su frívolo comentario a la experiencia es "No estoy seguro si era Vietcong en realidad, así que abrí fuego hacia los arbustos"), a los jipis o al uso de drogas. Era el mínimo posible para ambientar su novela, pero Segal lo convierte en el máximo que se permite a sí mismo. Lo que sí abunda por otra parte es el deporte, hockey, que provee al personaje de motivos de orgullo, y algunas referencias a los Cuerpos de Paz, referencias éstas que más bien son, en clave, la continuación de un diálogo entre Segal y Nixon.

El significado último de la historia —desarrollada en una novela que busca la emoción epidérmica y se contenta con ella— es coherente asimismo con sus postulados y características. Como no podía dejar de suceder, el joven desbarriado encuentra al final otra vez la senda hacia su familia y su clase, aunque le cueste que el autor deba eliminar a su compañera. Porque en el fondo —o leída a trasluz, como deber leerse las obras tramposas— esta historia de amor promocionada por su pureza, su espontaneidad, su candor, es otro sórdido testimonio de la corrupción moral: el lector puede preguntarse legítimamente si Oliver amaba a Jenny por encima de las "barreras" familiares, o si el verdadero idilio —o escarceo, coquetearías y reencuentro final— no se estaba dando en otro plano; entre Oliver y su propia casta.

JORGE RUFFINELLI